



VENUS, BIRJAN, MERCURIO Y C.^a

I.

DESPUÉS de todo, nos parece una injusticia de los periódicos ésa de declamar contra los vicios. Se han empeñado estos moralizadores de oficio en que la sociedad nuestra ha de caminar por el sendero del párrafo ni más ni menos que el tren correo sobre los rieles. Vaya V. á meter en el magín de una madre de familia, de esas que van á Tacubaya con sus hijas, que aquella casa con espejos es

un garito; quiere decir, una casa de mala fama, un lugar de prostitución. Háganle ustedes comprender, si pueden, que el juego de azar es un vicio punible y denigrante. Háblenles ustedes á esas madres, de economía doméstica, de ahorro, de orden, de decoro personal y de dignidad. Háganles ustedes una discreta observación sobre la mala fama de aquella mujer que lleva el apodo de *cebollón*; sobre que aquellas otras mujeres vestidas de seda que se codean con sus hijas son mujeres públicas. Háganles ustedes notar que la mayor de sus hijas acaba de ponerse colorada al oír una palabra obscena que *el apunte* profirió al perder el caballo. Llamen ustedes su atención sobre que aquel hombre de sombrero descomunales es el bandido H., que el otro es un pagador que está jugando la caja del cuerpo, que aquel jovencito es un hijo de familia que roba á su padre, que el otro está jugando el patrimonio de sus hijos. Acérquense ustedes á esa señora, fresca todavía, lozana; que está ocupando uno de los prin-

cipales asientos alrededor del tapete verde y que tiene á sus lados á sus dos hijas, de quince y de diez y siete primaveras, tímidas, recelosas, que no saben todavía lo que es *tecolote* ni *vieja* ni *todas menos*. Observen ustedes con qué naturalidad, con qué sorprendente ingenuidad alecciona á aquellas vírgenes en ese caló de la baraja, y cómo las reprende cuando no comprenden ellas que *no pueden hacerse tantas chicas*. La señora tiene un aire bonachón, tan bonachón y tan ingénuo, que empieza á tomar un tinte ambiguo de abandono criminal y de ignorancia supina de los más vulgares principios de moralidad. ¿Será posible hacerle comprender en donde está, qué es lo que hace, qué es lo que siembra, qué es lo que mata, qué es lo que enseña, y qué es lo que recogerán más tarde aquellas niñas inocentes? ¿Leerá siquiera los periódicos esta madre institutriz de sus hijas y profesora de albuces? ¿Será capaz un pobre párrafo de gacetilla de salirle al encuentro en esa senda del desdoro y la abyección. ¿Quién es

el marido de esta señora? ¿quién es el padre de esas niñas? ¿Es marido, es padre? No; es *un apunte*.

Prohibir el juego! ¡utopia! imponerle multas! ¡utopia! Tomar á los jugadores de la oreja y llevarlos á la cárcel! ¡utopia! Declamar contra el vicio! moralizar por medio de la prensa, ¡utopia! Que no jueguen! Quiénes? Los jugadores? ¿Donde está la línea que divide á los jugadores, de los que suelen jugar; esa es una línea trazada en el agua y que se borra cuando el garito se traslada á un pueblo en días de feria.

A quien toca prohibir el juego? A la autoridad pública? ¿Quién es el reo ante la autoridad? ¿el montero ó el *punto*? El montero se envejece, siéndolo, con prohibición y sin ella. El montero propone y el *punto* descompone. El montero no obliga al punto; el punto es espontáneo, va porque quiere ir, por un acto libre de su albedrío, y lleva allí su dinero con noventa y nueve probabilidades de dejarlo por una de llevarse el del montero. Esto es viejo, sabido y proba-

do, porque de Enero á Enero el dinero es del montero. Esta es en toda lógica la legítima y única prohibición del juego. Su gran enseñanza, su profunda filosofía y hasta su anatema es éste: *Perder*.

Parecería, pues, natural que cuando en resumen el montero gana y el apunte pierde, acabaran los apuntes como las liebres en un terreno donde se caza todos los días, por abandonar el panino y la comarca. Pero es el caso que, entre las liebres y los hombres hay diferencias sustanciales de constitución, de índole, de especie, de instinto y de sentido común. La liebre, (y vean ustedes con qué clase de alimaña nos tocó en suerte comparar al rey de la creación) la liebre, pues, si bien es un poco difícil de persuadirse, llega la repetición de las hecatombes á tal grado, que formula, en el más estricto orden de la lógica de los hombres, la firme resolución de abandonar la comarca, por las poderosas y bien sentadas razones siguientes: 1.º la amenaza de exterminio inmediato; 2.º por las repetidas molestias,

sustos y carreras á que la obligan los cazadores incesantes, al grado de que si supiera hablar, exclamaría: «Esto ya no se puede aguantar, ó no ganamos para sustos,» pero lo diga ó no, en articuladas frases, propiedad de nuestra privilegiada organización, el caso es que la liebre lo piensa, lo decide, y no hace lo que nosotros los hombres que pensamos y decimos las cosas y no las hacemos, sino que la liebre, la alimaña esa irracional, pone en práctica la teoría y la cumple al pié de la letra; y en campos más tranquilos en donde no silba ya la munición del cazador, se regodea de su precisión y sanciona la excelencia del partido tomado, lamiéndose el hocico.

Propóngale usted á un racional, más aún, á un hombre de talento, que imite á la liebre; persuádalo usted á que debe obrar en materia de albures con la circunspección, el tino, las razones, la prudencia y la lógica con que la liebre procede en materia de peligros, y el hombre de talento se le reirá á usted en las barbas, y hasta se atreverá,

puesto que tiene talento, á probar que es usted mezquino, pobre de espíritu y timorato, y encontrará que eso de predicar contra el juego es de mal tono; que el hombre necesita emociones, que debe ser audaz y atrevido, y debe buscar la suerte y capotearla, porque la vida es corta y acabará por volverle á usted la espalda.

¿Qué recurso queda, pues, contra el juego, cuando los que juegan son los hombres de talento, y las madres de familia, y las niñas inocentes, y las autoridades y los funcionarios públicos? Si solo se tratara de liebres, vaya usted con Dios, estamos seguros de que las liebres se dejarían persuadir, escarmentando en cabeza agena, pero los hombres!...

Por otra parte, y en prueba de nuestra imparcialidad, vamos á nuestra vez á probar que el juego es una necesidad latente de nuestra sociedad actual, dadas las condiciones de su existencia y de su modo de ser. Ya no nos meteremos á declamar contra semejante vicio, por no pasar á la fila de los predicadores tontos; ya no pediremos

el castigo de los culpables para que los culpables no se rían de nosotros, ni nos escandalizaremos de la corrupción social, para no incurrir en la nota de pusilánimes y beatos. No señor, nada de moralejas rancias, ni de anatemas estériles. A Tacubaya, á Tacubaya, á la ciudad de los Mártires, á confundir nuestra humanidad refractaria con las deidades del Olimpo. El dios Mercurio, ligero como el aire, y ferrocarrilero en este siglo, nos meterá en un vagón americano en unión de siete léperos de grandes sombreros galoneados, de siete pollas endominadas, de siete viejas condescendientes, de siete imberbes y de siete *pico largos*; y todos juntos entraremos, después de una penosa travesía, al templo de Birjan adornado con heno y con farolitos, con espejos y cuadros dorados.

Birjan tendrá allí música barata y refrescos caros, y muchas onzas de oro brillando en un firmamento verde como estrellas diabólicas; y Venus afrodita, cansada de las caricias de Hércules, nos hará tomar asien-

to entre *Cebollón* y una hija de familia, entre una madre que confunde á Birjan con el padre Ripalda, y una Mesalina ébria. ¡Oh dioses del Olimpo, que nacéis en Grecia, que vivís con la historia, que os immortalizais en la poesía, y os corrompéis en Tacubaya, dadme la inspiración, que bien la necesito!

Se trata de probar si el juego es bueno, y no solo bueno sinó necesario. Para probar que es bueno, á ningún testimonio más autorizado podemos recurrir que al montero. Todos los monteros corroboran esta opinión, y se fundan en las lecciones de la experiencia. El montero es un hombre sentado hace treinta ó cuarenta años frente á una carpeta verde, á donde extiende su dinero, y el de sus socios, para dárselo generosamente al primero que llegue llevando la misma cantidad y acertando.... ¡acertar! vean ustedes qué condición tan sencilla y tan leal! ¡una de dos! la cosa no puede ser más simple. El montero tiene toda la circunspección y todo el aplomo que conviene al león respecto al cordero; es de

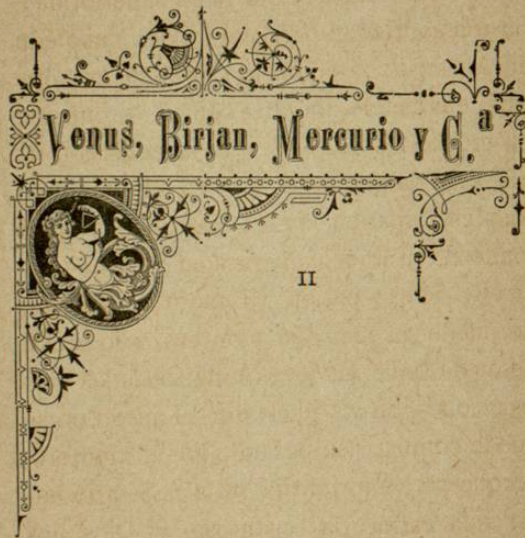
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, N.M.

suyo serio, sóbrio de palabras, medido de maneras, grave de voz, certero de vista, frío de pasiones, rígido de músculos y sereno como el capitán de un buque. Se le nota un aire de suficiencia que raya en superioridad. Su fría sonrisa se parece á la de Napoleón en Austerlitz, á él mismo se le figura que está ejerciendo un arte difícil, pronuncia un monosílabo *al paño* con la concisión de una medida geométrica, y en el fondo de toda esta apariencia está ocupando todo el fondo de su alma la avaricia en el pleno desarrollo de esa pasión. El montero, en fin, no puede ser más que montero, y lo será á pesar de todas las leyes y de todas las persecuciones. Se ve, pues, que el juego no se puede combatir empezando por el montero, porque para suprimirlos sería necesario hacer una carnicería espantosa, y Dios nos libre de semejante barbaridad!

En el artículo siguiente nos ocuparemos de los *puntos* para averiguar qué consiste en ellos el incremento escandaloso de los juegos de azar.





VENUS, BIRJAN, MERCURIO Y C.^a

II.

YA quedamos en que no se puede perseguir el juego suprimiendo á los monteros, por la misma razón que no se puede reprimir el homicidio suprimiendo los cuchillos. Veamos, pues, si se pueden suprimir los *puntos*.

Por los últimos días de Enero anterior, un empleado de hacienda, de cosa de cuarenta años efectivos y cincuenta ostensibles, con cuatro hijos legítimos y dos naturales,

casado por la ley y por la iglesia con Lola, y detras de la ley, de la iglesia y de Lola con una cubana alegre, se devanaba los sesos delante de un papel lleno de guarismos que decía lo siguiente:

Presupuesto de egresos.

Casa, comida, criados y lavan- dera.....	\$ 110 00
<i>Ingleses.</i> —Al agiotista.....	» 560 00
Al doctor.....	» 37 00
A mi compadre.....	» 16 00
Picos de mi mujer.....	» 18 50
.....**.....	» 64 00
.....O.....	» 8 00
.....	» 5 00

(Estos signos se referían probablemente á la cubana.)

SUMA..... \$ 818 50

Al domingo siguiente el empleado jugaba albures en Tacubaya, y su mujer con la

mayor de sus hijas, buscaban el nivel entre \$818,50 del presupuesto de egresos y \$150 del sueldo del empleado.

La cubana, vestida de raso azul, pasaba alternativamente del monte á la roleta, buscando otro nivel.

A las nueve de la noche regresaban á México el empleado y su familia, completamente desnivelados.

Pero la hija, que á pesar de contar solo diez y siete primaveras y de estar aprendiendo, con cargo al gobierno federal, cosmografía, trigonometría y arte poética, había visto la facilidad con que aumentaba y disminuía el montón de pesos, con que jugaba á la roleta, al ver á su papá tan afligido, le sugirió un proyectito para el domingo siguiente.

La mamá que conocía el burlote y que se preciaba de saber jugar, adicionó el proyecto, hasta el grado que el empleado y la que estudiaba trigonometría, lo juzgaron infalible.

Al empleado tocaba la tarea insignifican-

te de procurarse fondos, y durante toda la semana la familia no cesó de hacer castillos en el aire: la mamá se proponía: primero, pagar los picos, luego, hacerles ropa á las muchachas, y si la cosa daba para más, comprarían vajilla. La niña pensaba en un sombrero de á treinta pesos, en unas botitas de á ocho y en un vestido de seda color de sangre de toro para ir al Zócalo.

De repente cayó en la casa un periódico, probablemente la *Libertad*, y la mamá puso el grito en el cielo.

—Habrás visto descaros semejante de periodistas! Bien se conoce que todos ellos son un hato de mezquinos. ¿Con que les parece mal que las señoras jueguen?

—Y que lleven á sus hijas!, agregó la del arte poética.

—Y que juegan los empleados ¡vaya V. á ver! como si jugar fuera un crimen; ya, ya ví el papelucho ese, en que escriben esos moralizadores de nuevo cuño que declaman contra el garito. ¡Garito la casa de Fuentes! ¡tan decente y tan elegante!

—Con aquellos espejotes! dijo la mamá.

—Y sobre todo, con tanto orden y todo entre personas decentes ¡vaya V. á ver! Allí estaban los señores del ferrocarril y los del banco y los empleados y los comerciantes y hasta las autoridades locales y otras de la capital, y llámele V. garito!

—Cuando la honra es de quien la dá; exclamó la mamá ufana de haber encontrado la frase, que repitió dos veces.

—Pues ya se vé, de quien la dá, y por cierto que la partida no puede estar más decente, ni la concurrencia mejor escojida ¡garito, con veinte mil pesos de fondo! ¡garito!

—Y no ves que dicen en el periódico que las mujeres públicas se codean con uno?

—Y nosotros que tenemos que ver con esas señoras? Métanse ustedes en una fiesta publica á calificar la vida privada de las gentes.

—Y que si son ó no mujeres públicas, con su pan se lo coman.

—Allí al menos se portaron decentemente.

—Vaya! sobre que yo no sabría distinguirlas, dijo la mamá; tú conoces alguna?

—La del vestido color de rosa me parece que es, dijo la de la trigonometría rectilínea; yo la ví muy lujosa y me la quedé viendo, y Arturo que estaba junto á mí, me hizo seña. Yo creo que son cosas de Arturo. Figúrese usted que es una jovencita muy blanca, y sobre todo muy elegante. A mí me parece que no ha de ser una mujer mala, porque yo la ví tutearse con muchos señores muy decentes.

Por lo visto estos puntos no son de los que pudieran suprimirse y estamos seguros de que éstas y muy parecidas razones deben tener los demás para ser jugadores; de manera que si deseamos encontrar de buena fé el remedio del juego, es preciso figurarnos que la sociedad ha llegado á un grado de juicio y de prudencia tales, que los actos todos del individuo se ajusten invariablemente, sino á los más sanos principios de moral, por lo menos á la lógica del buen sentido práctico; y he aquí una de las evo-

luciones más difíciles de la inteligencia humana y por la cual lucharán eternamente los filósofos y los moralistas, sin avanzar en su empresa altamente meritoria y humanitaria.

Por más que el mundo avance ha de ir dejando tras de sí numerosísimas falanjes de ilusos y de fanáticos.

La ciencia abrirá vastos horizontes al pensamiento, mientras á su alrededor aumentará todos los días el número de las personas que creen en brujas. Las matemáticas fijarán los términos incontrovertibles de un problema, pasarán las verdades científicas á la categoría de axiomas, y al derredor de las matemáticas seguirá creciendo el número de las personas que ocurran á la lotería en vez de ocurrir al ahorro, y el de las que despilfarran para adquirir en vez de adquirir para no despilfarrar, y el de las que ocurran al azar en vez de ocurrir al trabajo y á las economías; y de las que después de enfermarse adrede prefieran á San Antonio al Dr. Liceaga.

En vista de estas razones nos convencemos de que no pueden suprimirse ni montero ni puntos: los primeros son una casta, y las castas no se acaban por el prestigio de una plumada; y los segundos son una mayoría destinada á crecer y multiplicarse por que tal es la condición de las sociedades humanas. El juego, pues, ha pasado ya, aún antes de que nosotros nos apercibiéramos de ello, á la categoría de los males necesarios como el de esas señoras.

Ahora bien, supuesto que á ellas se las reglamenta y se las cuotiza ¿por qué no se ha de reglamentar y cuotizar á los jugadores? Si esa mayoría que no nos atrevemos á llamar respetable, por numerosa que sea, se empeña en dejar parte de su haber y su pan en manos del montero ¿por qué la autoridad no ha de ponerse al lado del ganancioso á nombre de la beneficencia y de la caridad pública?

La intervención de la autoridad pública en todos los garitos, traería dos ventajas prácticas y de obvia aplicación en pró de la

moral y las buenas costumbres; la primera, una contribución que en el equilibrio social hiciera ganar á la beneficencia lo que los vicios pierden; y la segunda, que ya que no es posible coartar la libertad de la mayoría disoluta, el gobierno quede al menos en aptitud de prohibir el garito á los menores, hijos de familia, y á sus empleados y servidores, especialmente á los que manejan fondos de la nación, bajo la pena de destitución de empleo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO